Y llegamos al punto más escabroso para los libre-pensadores: á la moral. Hemos advertido en la lectura de los artículos y discursos contra Brunetière, que sus autores detuvieron la consideración en este asunto, importantísimo porque se refiere á la vida práctica, y es muy seductor para engañar á la multitud. Aisladamente, ni la Química, ni la Física, ni la Fisiología, ni la As-

---

La difracción de la luz y el descubrimiento de los difusorios, al jesuíta Caballero.

El sistema métrico, al Cardenal Regio Montano.

El verdadero sistema del mundo, al Cardenal Cusa y al canónigo Copérnico.

El principio de la instrucción á sordo-mudos que después perfeccionó el cura l'Epcé, al benedictino Ponce.

La instrucción de los ciegos, al jesuíta Luna.

La invención del corte de piedras, al cura Campori.

El arte de desenvolver los manuscritos de Herculano, á un monje.

El litótomo al fraile Cosme, quien fundó además un hospital para aliviar á los enfermos con el aparato de su invención.

El clavicordio ocular, en el cual se ven los colores en vez de oirse sonidos, al P. Castel.

El hidrocronómetro, nuevo reloj de agua, al dominico Embriaco.

Los mejores brazos y antebrazos artificiales para adaptarlos á los miembros operados, al cura Noel.

El mismo Noel inventó la señal de alarma, y el sacerdote Curtosi el freno instantáneo para los trenes en caso de peligro.

El meteorógrafo, al jesuíta Secchi.

El pantelégrafo, al P. Caselli.

El anemometrógrafo, al P. Zaillard.

El multiplicador eléctrico, al P. Pernisetti.

El telémetro acústico y óptico, al P. Chagey.

El contador solar, al P. Allegret.

El alcohómetro perfecto, al P. Vidal.

tronomía, ni las Matemáticas nos enseñan qué cosa son el bien y el mal, lo justo y lo injusto; porque ni el compás, ni el anteojo, ni el galvanómetro, ni la balanza, ni los tubos de ensayo proporcionan reglas de conducta. El sabio en su laboratorio—dice Richet—tiene un objeto más restringido y concreto; clasificar un marisco, determinar la cristalización de una sal, la dilata-

---

El electrógano constante, al P. Fithol.

Los relojes eléctricos, al P. Cándido.

Montecasino, una de las enseñanzas médicas en Europa, y la escuela de Salermo, y el magnífico hospital de Guadalupe, donde se dió principio al estudio de la Clínica en aquella época y á la enseñanza práctica de la anatomía patológica, fueron fundados y dirigidos por frailes.

La «Nueva esfera copernicana con las órbitas elípticas» fué construída bajo la dirección del benedictino Zafon y Ferrer.

El tratado de «Hidrografía» con la teoría práctica de todas las partes de la navegación y la «Noticia geográfica del Orbe, de las costas, de los mares y orillas de los ríos», se deben al jesuíta Fournier.

Y otra infinidad de obras con que podíamos fácilmente aumentar este Catálogo.

Si á esos nombres ilustres se añaden los de los católicos que no han sido ni son sacerdotes, un libro no bastaría para contenerlos. Y hoy mismo, en el vasto campo de la ciencia, los católicos no son los peores ni los de menor crédito. Bélgica solamente, pequeña en territorio y copiosísima en sufrimientos de toda clase, verdadero jardín de *aclimataciones científicas,* tiene sacerdotes que van con gloria á la cabeza del movimiento intelectual del mundo. Sin mencionar á los sabios alemanes, italianos é ingleses, aún nos queda el consuelo que nos ofrecen las Naciones vecinas de poder presentar sin vergüenza en el teatro de la sabiduría humana á un Alberto Gaudry, á un Lapparent y á un abate Carnoy, ante los cuales son raquíticos pigmeos la inmensa mayoría de los prohombres de la falsa ciencia.

ción del vidrio ó del mercurio, la corrección de un termómetro; el histólogo y el fisiólogo estudian la contracción de los músculos de la rana ó del *Hydrophilus-piceus;* el paleontólogo, las estrías de una concha fósil; el botánico, los pétalos de una flor; el matemático, inventa funciones nuevas... y así sucesivamente. Puede decirse que en el mundo hay miles de obreros, cada uno de los cuales lleva su piedrecita al templo de la ciencia humana.

Si se pregunta á cualquiera de esos «obreros» qué influencia tienen en la moral el éter ó el cloroformo, el descubrimiento del *argón* ó la diagnosis de la *ostrea aculata,* el sabio se reirá; él busca la verdad que es útil y no deja de ser buena, porque disipa algunas nieblas de la ignorancia de los hombres. El conjunto de estas verdades parciales adquiridas forman la ciencia, es decir, la Física, la Química, la Astronomía, la Zoología, la Botánica, la Fisiología, la Filología, la Antropología, las Matemáticas, etc., etc. (1).

Estas ciencias aisladamente, dicen los librepensadores, no han creado ninguna moral; pero, consideradas en conjunto, hay que decir lo contrario, porque constituyen la civilización y el progreso, términos paralelos con la moral privada y pública. Berthelot y Richet nos dan idea de esta clase de moral peregrina: «La Moral creada por la ciencia—asegura el primero—está formada por las leyes fisiológicas del organismo

(1) Richet no incluye la Filosofía.

del hombre. Es el conjunto de los instintos engrandecidos por la evolución; es el desarrollo de las aptitudes físicas é intelectuales. Es la moral que ha sustituído á los mitos; es la tendencia al ideal de *solidaridad,* ideal superior al de las concepciones cristianas, apoyado en el sufrimiento de la opresión, en el odio á la naturaleza mirada como maldita, en el desprecio al trabajo considerado como obra servil. Es, por último, la moral que no consiste en dar limosna, en aparecer caritativos, sino en tener al prójimo por hermano y asegurarle la legítima en los beneficios comunes, reconociéndole todos los derechos que le otorga el reinado ideal de la solidaridad y fraternidad sociales proclamados por la revolución francesa».

En el sentir de Richet, esa moral es «la contenida en la atmósfera de los laboratorios, sana y vivificante; la moral del trabajo, que es la única verdadera, constituída por la fe en la ciencia y la Religión de la verdad; el respeto á la vida humana y al dolor de otro; la fraternidad universal. Es el desarrollo de las facultades intelectuales, y la difusión de los conocimientos humanos disipando la ignorancia. La ciencia nos enseña el deber de ser justos y buenos; nos dice que hay una fraternidad de todos; que las luchas de clases, de individuos ó naciones son crímenes; que el egoísmo y la dureza de corazón son vicios insoportables; que el olvido de sí mismo es indispensable; que la abnegación hace feliz al hombre, siendo para él un imperativo categórico

al cual nadie puede moralmente substraerse. Esa Moral conquistada por la ciencia existe hoy y se impone al mundo civilizado, porque se funda en la atenuación de los dolores y en la idea de la solidaridad humana.»

Las ciencias arriba citadas, ni en particular ni en conjunto, han creado moral alguna; ni siquiera influyen en ella de un modo inmediato. Las leyes científicas de la observación é inducción nada tienen que ver con la ciencia reguladora de las costumbres, con la moral privada y la pública. Si Berthelot y Richet, con todos los libre-pensadores, creen en tal relación íntima y bienhechora, debieron decirnos concretamente qué leyes científicas son ésas. Si son las fisiológicas, confunden la moral con las fuerzas musculares, y la virtud con el fósforo y la mielina de los tubos nerviosos, y los instintos con los sentimientos; y en este caso, la escuela antropológica criminalista de Italia tendría razón al ver un mundo de morales aptitudes en la *fovea centralis*. Aún se desconocen las funciones de ciertos órganos de nuestro cuerpo: si llega el día en que un fisiólogo tan eminente como Carlos Richet revele al mundo las misteriosas del bazo, del cuerpo tiroides ó de la glándula timo (1), los hombres de

(1) *Se cree* por los fisiólogos que el bazo es una glándula linfática sanguínea y, como éstas, una especie de laboratorio donde se forman glóbulos blancos. Béclard y Kölliker dicen que además destruye los glóbulos rojos: Funke y J. Bennet opinan que también los origina.

Se supone que el cuerpo tiroides tiene gran importancia

ciencia le aplaudirán, pero no como á moralista, sino como á fisiólogo. El egoísmo, la dureza de corazón, la abnegación y el sacrificio no dependen de los ventrículos ni de las válvulas mitral y tricúspide, ni de las sigmoideas. La justicia no se obtiene por síntesis de verdades parciales, como se obtiene el *formeno* por la mezcla de gas sulfhídrico y vapor de bisulfuro de carbono. ¿Cuál de esas ciencias nos enseña en qué consisten lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito? ¿Cómo en la escuela del libre-pensamiento puede hablarse de justicia, de bondad de las acciones, de deberes y derechos, si ha suprimido á Dios, fundamento inconmovible de la justicia, Autoridad suprema que estableció las relaciones de las criaturas libres, que puede imponer la moral mandando que se observe el orden y prohibiendo que se perturbe? ¿Cómo puede hablarse de abnegación y sacrificio cuando se borra la noción de una vida futura? ¿En nombre de quién se demarcarán los límites de la moralidad? Es ridículo hacerlo en nombre de las ciencias, y es blasfemo hacerlo en nombre de los libre-pensadores. ¿Por qué razón se ha de obligar al hombre á que sufra las privaciones que lleva consigo el deber? ¿En virtud de la solidaridad y fraternidad universales?

en la nutrición. Hay una hipótesis nueva en que se defiende que el cuerpo tiroides destruye, por virtud de una secreción interna, cierta sustancia tóxica de la sangre.

El timo es una glándula vascular sanguínea y *se sospecha* que debe de modificar la sangre de los animales jóvenes.

En suma: son *misteriosas* las funciones de estos órganos.

Estas palabras huecas y pomposas son muy propias para engañar á los tontos. Descartada la existencia de Dios y del otro mundo, la solidaridad y fraternidad humanas quedan al mismo nivel que la fraternidad de las hormigas descrita por Lubbock, y que no dice nada á nuestras costumbres ni á nuestra conducta de seres libres y racionales. La fraternidad declarada por la revolución francesa, bien patente se hizo en los millares de cabezas que rodaron en las calles de París; y la moral de los libre-pensadores de hoy, «independiente de los cultos», se ve claramente aun en los libros especulativos, donde se dice, entre otras enormidades, que conviene «purificar las razas, dejando morir á todos los degenerados».

En suma: ni la industria ni los caminos de hierro han renovado la moral, como aseguró Dupuy. La humanidad debe á la ciencia, no al libre-pensamiento, el progreso material de las naciones; pero el progreso moral se lo debe íntegro á otra institución más sagrada que la ciencia; á la Religión; porque una moral sin culto es inconcebible. La ciencia no ofrece al hombre ningún consuelo eficaz en este valle de destierro; y de todos los sistemas científicos puede repetirse hoy lo que dijo Montalembert de los sistemas filosóficos: «que no han poblado un corazón desierto, ni enjugado siquiera una lágrima». Seguramente contribuyen á ilustrar nuestras facultades intelectuales; pero ya dejamos consignado que el perfeccionamiento de éstas no implica el de la

voluntad; que no siempre van de acuerdo el corazón y la cabeza (1).

La moral, pues, que se impone hoy al mundo civilizado (si es que puede haber civilización allí

(1) Últimamente (Mayo de 1897), Berthelot pronunció un discurso ante la juventud republicana francesa, haciéndola ver «el objeto de la ciencia en el progreso de las modernas sociedades».

Como el lenguaje de los impíos no tiene gran variedad, es excusado decir que Berthelot repite las mismas ideas blasfemas y palabras injuriosas contra «las concepciones llamadas sobrenaturales con que los poderes antiguos y sus pretensos pastores quisieron atajar el camino del progreso humano». No obstante, «la ciencia enseña la templanza y el respeto á las opiniones de otros, es decir, la tolerancia».

«La ciencia no ha encendido hogueras para aniquilar á sus enemigos» porque manda «realizar el amor á los hombres», y porque «el Dios de los sabios no es un Moloch al cual se deben ofrecer los sufrimientos de la humanidad». Ya queda consignado que la revolución francesa que, según Berthelot, fué «científica» porque «transformó violentamente el mundo», «proclamando el reino de la justicia y de la paz», tuvo un Moloch: la *Diosa Razón*, y levantó la guillotina, bañando con olas de sangre las calles de París. Por si acaso hubiese *otra*, no se olvide el químico Berthelot de la recompensa que dieron aquellos *científicos* al gran químico Lavoisier.

Nada son tales contradicciones si se comparan con lo que Berthelot dice en contra del «ascetismo estéril de la Edad Media», condenado por «derecho natural» porque «el placer y el gozo están en el hombre como la tristeza y el dolor». No deduzcamos las consecuencias de esas doctrinas, predicadas á una multitud de jóvenes republicanos, de pasiones vivas y ardientes. ¡Así continuarán la obra *fecunda* de la disminución del pueblo francés!

Creer que estos sabios, infatuados por una ciencia limitada y pobrísima; pensar que estos *apóstoles* de nuevo cuño «harán disminuir entre los hombres el mal moral, los sufrimientos sociales y la esclavitud de la tradición» (sea dicho con perdón del gran químico), es sencillamente estúpido.

donde se ha olvidado toda idea de virtud), no es una moral ficticia creada por la ciencia, que no atenúa ni calma el dolor, y nos entrega, como trastos inútiles, al seno de la Tierra-Madre (que nos devora cual Saturno á sus hijos), ó á la implacable voracidad del Gran-Todo: ni siquiera es la moral de Platón ó de Sócrates, que, aunque muy superior á la del libre-pensamiento, reunirá pocos discípulos, condenando á beber la cicuta á sus apóstoles y sacerdotes. La moral que se impone á las sociedades moribundas es la moral de Jesucristo, que está muy por encima de la Filosofía y de las ciencias experimentales; que no condena la naturaleza, sino que la guía; que no maldice el trabajo, sino que lo santifica; que ha roto, pese á los ciegos, las cadenas del esclavo con el madero de la Cruz; que no sólo manda dar limosna, sino que reúne á todos los hombres en una gran familia que desciende de Dios y vuelve á Dios purificada con la sangre redentora de Jesucristo. Esa es la moral que se impone al mundo, la contenida en el Evangelio, código de todos los siglos y de todas las sociedades, que volverán á ella, como el hijo pródigo á los brazos de su padre, cuando sientan las últimas ansias del hambre infinita que produce el apartamiento de Dios.

Resumen y epílogo. Cuando Carlos Vogt nos habla de Anatomía, y Huxley de Historia Natural, y Hæckel de radiolarios y de esponjas, y Richet de Fisiología, y Berthelot de Química; y, en general, cuando los hombres de ciencia nos hablan de ciencia sólo, nos atraen y entusiasman: ante ellos reverentemente nos descubrimos. Mas cuando el primero quiere ridiculizar el misterio de la Eucaristía, el segundo escribe su *Ciencia y Religión*. y el tercero sus *Conferencias*, y los dos últimos pronuncian discursos como los que acabamos de someter al *análisis*..., todos nos parecen rebajados desde el orgullo hasta la insensatez. Por el honor de la misma ciencia deben desaparecer para siempre esas parodias bufas con que se la prostituye, haciéndola servir de instrumento de odios sectarios y miserables pasiones, con los que nada tiene de común.